

V DÍA DEL PÍNFANO

MADRID Y TOLEDO 2008

DÍAS PARA EL RECUERDO

Lucas Remírez Eguía



Ilustración de Fernando Lazo Payo

Otro año más, sí, otro año más, un puñado de pinfanos de ambos sexos, solos o en compañía de sus consortes, nos hemos reunido para ser felices y a mi juicio, lo hemos conseguido, ¡vaya que sí!

La verdad es que los vaticinios de los entendidos en cuestiones meteorológicas presumían lluvias y eso hizo que, a la hora de hacer la maleta, se dudara sobre qué meter en ella; pero con el optimismo que nos caracteriza, muchos emprendimos el viaje hacia Madrid con la idea predominante de pasarlo bien a pesar del tiempo.

Una vez llegados y metidos en el bullicio de esa gran ciudad, lo que prevalecía era el momento del encuentro, el día 9 por la noche. Y el momento llegó.

El vestíbulo del hotel Chamartín empezó a llenarse de caras, conocidas, bastantes; otras, nuevas.

Hombres y mujeres fundidos en abrazos y besos, algunos viéndose después de 40 años, otros, sencillamente desde el año pasado, y muchos, conociéndose por primera vez en persona cuando antes lo habían hecho a través del foro: "Hola, soy....".

Luego viene el ejercicio de vista para tratar de leer en las tarjetitas los nombres de caras que conoces o conociste pero que se te han borrado. Porque los organizadores se encargan de ir repartiendo las tarjetas identificativas para evitar errores de bulto al tratar de abrazar a alguien al que no has conocido en la vida y lo confundes con otro.

El sonido de las conversaciones se eleva y el dominio del hall del hotel por el pinfanerío es absoluto. Continúan los besos, los abrazos, alguna lágrima y las primeras conversaciones con el inicio del relato de retazos de nuestras vidas.

Alguien dice que alguna vez habrá que empezar a cenar y pasamos todos al comedor. Este año hay una innovación y es que, a la entrada, hay unas relaciones con el número de mesa en el que cada cual debe sentarse. Los que no solicitaron mesa, son libres de ocupar los huecos vacíos.

Inicialmente las conversaciones se relativizan en cada una de las mesas aunque la cosa dura poco ya que, poco a poco y conforme va transcurriendo la cena, se entrecruzan conversaciones de mesa a mesa o sencillamente, se empieza a levantar la gente para hacer fotografías, eso si, muchas fotografías (no había visto nunca tanta cámara digital por metro cuadrado), o simplemente para hablar con la amiga o el amigo que está cinco mesas más allá.

La llegada de los postres se mezcla con el desfile de modelos protagonizado por una pínfana, luciendo un vistoso baby, tal cual lo llevaban las chicas de Aranjuez en aquellos remotos años. Y es que, haciendo una separata, no puedo por menos que reconocer que las chavalas son las que llevan la marcha y voz cantante en estos eventos, nosotros, los "machos", vamos al rebufo, porque ellas son las que, en menos que canta un gallo, organizan la coral y las canciones que antaño cantaban en el colegio, las interpretan como si regresaran al pasado, con la misma fuerza que entonces, incluso se permiten el lujo, de pisarnos el terreno y entonar el "Viejo trapillo" como si hubiera estado en su repertorio.

La cena termina, buena cena y hay que tomarse una copa. Algunos optamos por la cafetería del hotel hasta que cerró y tuvimos que retirarnos a nuestros cuartos de invierno.

Los meteorólogos acertaron y el día 10 amaneció lloviendo. Los autobuses fueron recogiendo a la gente en las dos paradas establecidas y rumbo a Toledo.

Los viajes en autobús con pínfanas es un volver a las excursiones colegiales con las canciones propias de aquellos tiempos y que, en éstos, nuestros hijos y nietos, las sustituyen por el mp3 y sus cascos. Ellos se lo pierden.

Se ve Toledo, con cielo encapotado y lluvia al fondo. En un promontorio el Alcázar, un poco más a su derecha, la catedral y en el otro costado, al otro lado del Tajo, la Academia de Infantería, que es donde nos dirigimos.

La cuesta de Servando nos permite ir viendo, poco a poco, la perspectiva de Toledo, ciudad apoyada en el Tajo desde donde sube con edificaciones, algunas cen-

tenarias, hasta lo alto del monte sobre la que se construyó.

Una vez en la Academia nos quedamos impresionados de la panorámica que desde ella se ve de la ciudad. La mole del Alcázar da la sensación de poderse tocar con los dedos. Mientras se celebra la Asamblea Anual se organizan dos grupos para visitar el edificio, este día vacío de alumnos. La majestuosidad de su construcción y la conservación del mismo impresiona.

Atravesamos el Patio de Armas y una vez en el interior del edificio, nos van enseñando los lugares más interesantes: las galerías de laureados y medallas militares, individuales y colectivas, del Arma, y uno se queda sobrecogido al pensar en que toda esa lista de nombres son gentes que llevaron a cabo un acto heroico extraordinario con altísimo riesgo de su vida, venciendo el miedo, que al resto atenaza en situaciones similares y que les hizo merecedores a tal distinción. El comedor de gala, la biblioteca, auténtica joya, no sólo por su diseño, sino por su contenido, la capilla, otra joya arquitectónica y luego, el museo donde se puede palpar la historia del Arma de Infantería desde los Tercios. El tiempo apremia y hay que ir al comedor.

Buena comida y mejores conversaciones entre los comensales, como si el día anterior se hubieran quedado muchas cosas en el tintero. En los brindis nunca falta uno por los que no han podido venir. Al final, entrega de los premios de pintura, relatos, poesía y fotografías. Muchos aplausos y alegría de los premiados. Y ¡cómo no! otra vez las chicas llevan la voz cantante cuando todos, con más o menos voz, entonamos el himno de Infantería que, cosa curiosa, casi todo el mundo se sabe. Después más cánticos, siempre las chicas a la cabeza, y final de la comida.

El regreso se hace un poco triste pues, al estar lloviendo, se decide no quedarse en Toledo y dar nada más que una vuelta panorámica con el autobús por la carretera de los cigarrales desde que la que se ve Toledo como si fuera una foto fija.

El día 11 amanece nuboso y con ganas de llover. No se puede evitar mirar al cielo que parece querer respetarnos.

Otra vez a los autobuses y rumbo a Carabanchel Alto, allí estaba el Colegio de Santa Bárbara y San Fernando. Lo primero que nos llama la atención, a los que estuvimos allí, es que la entrada al colegio ha sido cancelada y ha desaparecido la puerta y la verja que daba acceso al mismo. Ahora, en su lugar, está una boca de metro: "Carabanchel Alto".

Tampoco está el Valderrama, bar desde el que se iniciaban y se finalizaban las salidas de los domingos. Los terrenos del colegio se unieron a los de la Escuela de Automovilismo y juntos pasaron a formar el acuartelamiento del IPE nº1 (Instituto Politécnico del Ejército). Llegados al Centro, nuevos abrazos con gente que estuvo en ese colegio y que ha decidido venir sólo este día. Se celebra la misa en la capilla del Instituto Politécnico oficiada por el capellán del Centro al que podríamos definir como peculiar, y sin lugar a dudas, campechano. La misa se ofrece por todos los pínfanos fallecidos y por nuestros padres.

Después la visita al antiguo colegio. A los que pasamos por allí nos envolvía la duda de qué quedaría de lo de entonces. El aspecto exterior está cambiado, la tierra ha sido sustituida por asfalto, la pista de atletismo ha desaparecido y en su lugar hay una pequeña pista de deportes. Las gradas han sido sustituidas por césped y del antiguo gimnasio todavía queda algo.

La casa del Director, enfrente del edificio del colegio, está tal cual. Pero no muchas cosas más han cambiado. En la fachada principal del colegio el Coronel Director del IPE nº1 nos hace un relato de la historia del mismo. Después se descubre una placa recordatoria de que ahí estuvo un colegio de huérfanos.

Y como colofón, un homenaje a los fallecidos de ese centro. Una pínfana y el esposo de otra (militar que sufrió un atentado terrorista) colocaron una corona de laurel y mientras el sacerdote recitaba el responso y se cantaba "La muerte no es el final" no pude por menos de recordar a compañeros nuestros, ya fallecidos, que estudiaron en sus aulas y entre ellos a los Tenientes Antonio Ortiz de Zárate, Antonio Polanco Mejorada y Arturo Martín Gamborino que se hicieron militares y murieron en combate, cumpliendo con su deber en la campaña de Ifni-Sahara.

Una foto en la escalinata principal de todos los que allí estudiamos, los que nos preparábamos para el ingreso en las Academia y los que, más tarde, se alojaban allí, los "virus", para cursar estudios universitarios. Todos juntos unidos por las cuatro paredes de un edificio en el que vivimos y como no podía ser menos, el canto del "Viejo trapillo" volvió a salir de nuestras gargantas, más deterioradas que cuando lo cantábamos hace muchos años, pero con igual ilusión que entonces.

Después entramos en el colegio y para sorpresa nuestra, allí poco había cambiado aunque estaba todo vacío y abandonado: la escalera principal, el despacho del director, el del Administrador, el del Jefe de estudios, la peluquería, el calabozo, "aquí viví yo con frecuencia" decía uno, el comedor, con la puerta por donde salían las camareras con las bandejas de boquerones o huevos fritos, que guardábamos hechos bocatas para el desayuno del día siguiente en unos armarios de madera sin refrigeración y a ninguno nos atacó la salmonela.

Las aulas: "Mira, aquí estaba la 1ª Sección" "Sí, aquella era la 4ª". Al fondo, la capilla. El recinto estaba igual con alguna pequeña variante ¡falta el Cristo!. El 716. ¿Dónde habrá ido a parar?. El Cristo, un pínfano más, un tanto atípico, sí es verdad, al que muchos se aferraban como a una tabla de salvación ante los inminentes exámenes de oposición.

En el piso de arriba, lo mismo; algún tabique de más y algunos lavabos, pero la configuración igual. "Aquí estaban las aulas de literarias". Sí, y las de los de aviación". "Ahí las duchas". "No, aquí la lavandería". "No te lo crees ni tú" "La plancha y el almacén de ropa y uniformes era arriba". "Mira la enfermería". "Aquí me pasé quince días con una especie de neumonía".

Todo se quedó allí, a nuestras espaldas, cuando tomamos los autobuses para ir al Club de la Dehesa a comer y allí detrás dejé el recuerdo de unos años de mi vida que me marcaron para siempre y nunca olvidaré.

La comida fue otro éxito, lo mismo que las anteriores y aprovechada para terminar de contarnos unos a otros un poco más de nuestras vidas.

Hubo cantos finales, pero también aires de tristeza, aquello se acababa y nos emplazábamos para dentro de un año en Málaga. Los abrazos de despedida eran distintos a los de encuentro, quizá menos efusivos pero más fuertes, más: "siento que nos separemos hasta dentro de un año".

Habíamos pasado unos días memorables de hermandad y hoy ya estamos tachando días en el calendario de los que quedan para el próximo encuentro. Fuimos felices, seguro.